

**PRESENTACIÓN DEL TERCERO DE LOS TRABAJOS DEL
OBSERVATORIO SOBRE EL GOBIERNO DE LA ECONOMÍA INTERNACIONAL**

Madrid, 22 de abril de 2009

Presidente de la Fundación de Estudios Financieros, Presidente del Consejo Asesor, señor Sánchez Asiaín, Profesor Carlos Sebastián, Señorías, amigas y amigos, en nombre de la Mesa y de los Portavoces de los Grupos Parlamentarios sean bienvenidos una vez más al Senado.

Apenas hace un año desde que nos reuniéramos, en este mismo escenario, para presentar el Índice de gobierno de la economía internacional correspondiente a 2008 y, a tenor de cuanto y cómo ha cambiado el mundo en este tiempo, pareciera que hubiera transcurrido una eternidad.

Asistíamos, entonces, a la quiebra de un prolongado periodo de crecimiento de la economía mundial. Las perturbaciones financieras internacionales del verano de 2007 empezaban a devenir en algo parecido a una crisis global que afectaba al sector inmobiliario, al crédito y al sector de las materias primas, por entonces, con subidas desmesuradas tanto de los alimentos como de los bienes energéticos.

Durante los últimos quince años la economía internacional había vivido una buena etapa de crecimiento, pero durante ese periodo, en el que el mercado funcionó con entera libertad, también se fueron acumulando serios desequilibrios económicos a escala global.

La abundancia de liquidez favoreció el desarrollo de mercados y productos financieros cada vez más sofisticados, riesgos inasumibles, expectativas de beneficios exageradas y creación de peligrosas “burbujas financieras”.

Y, mientras esto se producía, una institucionalización supranacional de rasgos minimalistas, desacorde con el gobierno de la globalización, era incapaz de advertir sobre los grandes peligros que se cernían, y trasladaba cierta sensación de desgobierno.

Eso sí, las devaluadas instituciones de Breton Woods aplicaban con todo rigor a los países en vía de desarrollo los paradigmas neoconservadores del Consenso de Washington: la absoluta ortodoxia para los Estados –liberalizaciones, privatizaciones y adelgazamiento del gasto social- y la total heterodoxia para los mercados– desregulación-. O dicho de otra manera, más mercado y menos Estado.

Los actores políticos fueron, de alguna manera, suplantados en el gobierno de los asuntos económicos por otros sujetos, poseedores de poderes no originados en la voluntad popular, ni responsables ni sometidos al control último de la misma. Las democracias estuvieron expuestas demasiado tiempo a la pérdida de ser un espacio público.

Pues bien, ese era el panorama general. Pero lo peor estaba por llegar en lo que quedaba de 2008. El desplome de las bolsas, la gran hecatombe de los mercados financieros, la quiebra de bancos, nos hizo recordar a todos que en este convulso mundo no existen otras certezas que aquellas que sepamos articular entre todos desde la política y que, lamentablemente, ésta parece que había estado demasiado tiempo ausente.

Los líderes mundiales en una acción casi simultánea salieron al rescate del sistema financiero. Los países de la Unión Europea decidieron respaldar con todos sus medios sus respectivos sistemas

financieros conscientes de que de ello dependía la salud y el futuro de las empresas, los empleos y los ahorros de los ciudadanos y porque de ello dependía, en definitiva, el sistema productivo, además de su estabilidad.

Y, a pesar de esta acción, unánime y fuerte, decidida, de todas las grandes economías del mundo, incluida, cómo no, la norteamericana y la de los nuevos países emergentes, las expectativas de un mejor futuro seguían sin aparecer.

Una obiedad cobraba, por momentos, un mayor vigor: era el momento de la política. Resultaba urgente reponer a la política democrática en el puesto de mando de la gobernación de los intereses de las personas, a las que representa, y devolver a la maquinaria económica, a la economía, a su papel de instrumento de generación de prosperidad y creación de riqueza.

Como otras veces en la historia, junto a un avance del mercado hacía falta un avance en el papel del Estado, redefinir su nuevo papel y, al tiempo, readecuar las reglas que hacen socialmente legítimo a dicho mercado, a través del establecimiento y exigencia de nuevas responsabilidades y equilibrios en la distribución de beneficios.

Dos trabas aparecían para hacer efectivo ese liderazgo de la política. De un lado, la primera economía del mundo, epicentro de la crisis internacional, se encontraba en proceso de lo que sería un profundo cambio político. De otro, los foros de decisión asentados hasta ese momento parecían insuficientes para abordar la crisis global. El G8 estaba desbordado.

La Cumbre de Washington, el 15 de noviembre, aún a sabiendas de ser un instrumento transitorio, pone en valor dos elementos esenciales: el inicio de una acción coordinada global y el alumbramiento de un nuevo órgano de gobierno de la economía mundial, un G20 ampliado con la trabajada presencia de España.

Y llegamos, en este recorrido de un año cargado como nunca de acontecimientos, a la Cumbre de Londres del pasado 2 de abril. El Grupo de los Veinte, consciente de que una crisis global exige una solución global, adquiere, en cinco ámbitos de actuación, veintinueve compromisos históricos que ustedes conocen bien y que, por tanto, no voy a relatar.

Pero, si me lo permiten, si quisiera hacer algún comentario de lo que, desde la política, entiendo que son los aspectos esenciales de la Cumbre.

En primer término, la constatación de un nuevo liderazgo mundial, más democrático, en el gobierno de la economía internacional. Atrás ha quedado el selecto grupo de los más desarrollados para incluir a las nuevas economías emergentes, integrar a más del ochenta y cinco por ciento del Producto Interior Bruto mundial y representar a los cinco continentes.

Los Jefes de Gobierno de ese Grupo de los Veinte ampliado se reconocen, asumen y afrontan el nuevo tiempo desde ese liderazgo. Así comienza el documento de conclusiones *“Nosotros los líderes... nos enfrentamos al mayor reto para la economía mundial de la era contemporánea”*.

Un nuevo liderazgo que asume, además, la multilateralidad. En nuestro mundo ningún país, por grande que sea, puede afrontar estos desafíos de forma aislada. Para gobernar la globalización hay que construir consensos, definir estrategias y preparar instrumentos a escala global.

La nueva era de responsabilidad, que anunciara Obama en su discurso de investidura como Presidente de los Estados Unidos, lejos de la retórica es una realidad palpable.

A Londres acudieron con prioridades distintas dos grupos diferenciados. Para el mundo anglosajón resultaba prioritario incrementar los paquetes fiscales para un mayor gasto público. Para el eje franco-alemán la cuestión esencial era la regulación de los mercados y la desaparición de los paraísos fiscales.

De Londres ambos salieron reforzados sólo porque tuvieron la generosidad de ceder en sus posturas maximalistas en aras a alcanzar el acuerdo entre todos.

En segundo término, frente a quienes auguraban una refundación de Breton Woods dado el papel menguante del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, la Cumbre, por el contrario, reconoce a dichas instituciones un papel esencial de futuro, refuerza sus recursos y anuncia sus reformas. Frente al desgobierno un atisbo de gobierno de las instituciones financieras internacionales.

Por lo que respecta a España, hemos pasado de un papel subalterno a una presencia consolidada. Desde hace tiempo no existía correspondencia entre el peso de nuestra economía y nuestra sociedad

y la presencia en los órganos de gobierno de la economía internacional. Todos los expertos lo venían señalando.

La propia Fundación de Estudios Financieros, a la hora de presentación del Observatorio, venía instando a nuestro Gobierno a que trabajara en pro de ese reconocimiento.

No está de más recordar que el principal objetivo de este Observatorio es analizar a lo largo del tiempo la presencia de los principales países, incluida España, en el gobierno de la economía internacional y tiene por finalidad proponer estrategias y políticas que puedan permitir incrementar el poder de decisión de España en las instituciones internacionales, de acuerdo a la importancia económica y geopolítica de nuestro país.

Se peleó por asegurar una silla en la Cumbre de Washington y en la de Londres se consolidó y saludó nuestra presencia reconociendo nuestro papel de potencia entre pares en el ámbito internacional, como evidencia nuestra inclusión para los trabajos de futuro y la pertenencia al nuevo Consejo de Estabilidad Financiera.

Por último, y quizás lo más significativo de la Cumbre de Londres es, a mi juicio, recobrar el imperio de la razón. No hemos refundado el capitalismo, como apuntaban algunos, ni se ha dado la vuelta a Breton Woods. Simplemente hemos vuelto a la sensatez para hacer frente a la *“venganza de los excesos”* como hace poco comentaba Paul Krugman. Hemos situado a la política en el lugar que no debió abandonar.

Sensatez, también, para combatir los dogmas neoconservadores. Aceptamos la heterodoxia del papel de los Estados, pues nadie se

extraña que se intervengan o nacionalicen entidades financieras, y reclamamos ortodoxia para el funcionamiento del mercado estableciendo reglas y trabajando para suprimir los paraísos fiscales.

Valores en desuso durante los últimos tiempos vuelven a salir a escena con mayor fuerza. Promover el decoro, la integridad y la transparencia, están en la base de la nueva regulación.

Utilizando la metáfora de Gran Torino, hemos recobrado la sensatez para darnos cuenta de que saldremos de la crisis, seremos grandes, cuando seamos capaces de hacer cosas, honradas y cabales, de las que podamos sentirnos orgullosos.

Ahora nos toca, poco a poco, levantar cabeza, recuperar el tejido productivo, hacer más competitiva y sostenible nuestra economía sobre un nuevo patrón de crecimiento centrado en el conocimiento y en la innovación.

Y, sobretodo, en el más corto plazo, tenemos que frenar la sangría del desempleo y crear nuevos puestos de trabajo, pues, no hay que olvidarlo, es lo que está en el origen de la gran concertación desplegada a nivel mundial.

Estoy convencido de que las empresas españolas van a contribuir con todo su empeño a revertir la actual situación. Así que, lo lamento profesor Sebastián, pero les voy a recomendar que lean con toda atención el informe que presentamos, que analicen con detenimiento las fichas de los diferentes países y que, después de todo ello, se decidan por seguir creando riqueza en España.

Quiero pedirles, también, a los directivos de las empresas españolas que, cuando sean entrevistados para sucesivos informes, sean más benévolos con nuestras instituciones políticas y económicas o, al menos, que manifiesten la ecuanimidad de los directivos de empresas extranjeras que entienden que España es una apuesta de futuro como bien demuestra el hecho de que en 2007 nos convirtiéramos en el séptimo país del mundo receptor de inversión extranjera directa.

Salir de la crisis nos va a exigir un enorme esfuerzo colectivo. Hago, por ello, un llamamiento a todos los partidos políticos para que aparquen sus diferencias y se vuelquen en alcanzar una acción concertada española. Será un magnífico mensaje para los mercados. Se equivocarán quienes crean que, de la actual situación, salgamos antes o después de la crisis, puedan sacar un provecho político.

Sólo me queda, por último, expresarles a los autores mi felicitación y elogiar a la Fundación de Estudios Financieros por impulsar la iniciativa. Presidente, es un honor para el Senado acoger, una vez más, sus estudios. Para mí es un placer y un honor presidir este acto de presentación del tercero de los trabajos del Observatorio.

Muchas gracias.

Javier Rojo

Presidente del Senado